



## El Brujo

Edmund Lowe

Leiba Hyams



25  
CTS





~~Rosson, Michael~~  
Rosson, Michael

# La Novela Fox

Publicación semanal de los argumentos  
de las películas de la marca «FOX»

Ediciones BISTAGNE : Pasaje Paz, 10 bis.

Barcelona

Tel. 2717 A

Año I

N.º 1

(BALOO, THE WIZARD, 1927)

## EL BRUJO

Intrigante asunto, basado en la novela  
«Balaco», de Gaston Leroux

Intérpretes:

Leiba Hyams, Edmund Lowe, Norman Trevor,  
Gustav Von Seyffertitz y E. H. Calvert.

Producción

WILLIAM FOX

Distribuida por

Hispano-Fox-Films, S. A. E.

Valencia, 280 - Barcelona

Vene Midi-Minuit: n.º 24-p. 47





# EL BRUJO

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

La rotativa del periódico "El Sol" esperaba el alimento que debían proporcionarle sus adoradores, los simpáticos redactores.

Era hora de calma, y en la Redacción esperaba tranquilamente, no sabía qué, Stanley Gordon, considerado por sus compañeros como el eclipse total del "Sol", en broma...

Pero a pesar de que no tenía suerte en su labor periodística, Stanley se creía un formidable redactor, y en ausencia del redactor jefe ocupaba su silla con los pies apoyados en la mesa de trabajo del mismo.

El conserje le vió en tal actitud y le dijo:

—¡Harias bien en ir desocupando esa silla antes de que llegue el jefe!

Stanley le miró de arriba abajo y repuso:

—¡No me molestes! ¡Deja que me vaya acostumbando a ocupar este asiento!

—Por mí...

En aquellos momentos llegó el redactor jefe, y al sorprender a Stanley "pateando" su mesa, le apartó los pies con indignación y se le quedó mirando con dureza.

—¡Oh, perdón! — murmuró Stanley, dejando libre la silla.

El redactor jefe se sentó en ella, desdobló un periódico y leyó en él el siguiente artículo:

SE ENCUENTRA EN EL RIO, COMPLETAMENTE MAGULLADO, EL CADAVER DE  
CHARLES WANGER

*Parece que Charles Wanger, cuyo cuerpo fué descubierto esta mañana en el río, había recibido varias amenazas de muerte.*

*Recordará el lector que las declaraciones prestadas hace algún tiempo por Wanger, llevaron a la silla eléctrica al joven Paul Duval, convicto de asesinato.*

*Según todos los indicios, la muerte de Wanger es el resultado de su participación en la pena impuesta al asesino.*

Después de leerlo, le alargó el periódico a Stanley y le dijo:



—¡Si no obtiene usted algo interesante sobre este asunto, puede darse por despedido!

¡Caramba! ¡De qué humor llegaba el jefe de redacción!

—...¡y nada de plagios! — añadió el superior—. ¡El último artículo que me trajo lo escribió Edgar Allan Poe!

—Le aseguro a usted que...

—Pruebas son amores...

—¡Voy volando!

Inmediatamente se puso a la obra. ¿Dónde lograría datos interesantes acerca de aquel asesinato?

Se aventuró por calles y más calles, y al ir a cruzar una amplia avenida se vio precisado a detenerse en la calzada, para esperar que la interminable hilera de vehículos se dignase cederle a él y a otros peatones el paso sin peligro de muerte.

Junto a él se detuvo un buen señor que coincidía con su opinión de que los automóviles eran una epidemia para los infelices que no podían pagarse el lujo de comprarse uno.

Stanley le dijo, considerándose en completa seguridad rodeado de monstruos modernos con ruedas:

—Estos salvavidas para peatones son muy útiles. Aquí estamos perfectamente.

Pero apenas hubo dicho eso se le echó encima un coche y el optimista joven fué derribado al suelo.

El automóvil en cuestión lo guiaba Ana Webster, hija de un Juez, y novicia del volante.

Se interrumpió el tránsito, aglomerándose mucha gente, y la señorita culpable del atropello, apeándose presto del *auto*, inclinóse hacia Stanley, tomó su cabeza entre sus manos, y, cariñosamente, le preguntó:

—¿Está usted herido?

Stanley abrió lentamente los ojos, seducido por la voz angelical de Ana, y al comprobar que era una monada, se fingió en grave estado, tan grave, que no podía ni hablar...

En vista de ello, Ana dijo al policía que acababa de presentarse ante ella, y que la reconoció como hija del juez:

—¡Haga usted venir una ambulancia, guardia! ¡Tendré que enviarle al hospital!

El coche sanitario llegó en seguida, y Stanley se dejó colocar en una camilla y en ésta en la ambulancia... suponiendo que Ana no le



dejaría solo durante el trayecto hasta el hospital.

Pero Ana se quedó en la calzada, contemplando llena de preocupación como se alejaba la ambulancia, y el guardia, para calmar su intranquilidad, manifestóle:

—No pase usted cuidado por él. ¡No es más que un periodista!

Simultáneamente, Stanley, al abrir los ojos anheloso de cerciorarse de la presencia de Ana en el coche, encontróse con que la enfermera que estaba allí era fea y vieja, y se sintió bruscamente curado, por lo que, a riesgo de herirse de veras, saltó temerariamente al arroyo.



El doctor Paul Coriolis, un excéntrico cirujano y eminente antropólogo, se ocultaba del mundo en su laboratorio subterráneo, lleno de misterio...

En un Diario escribía la siguiente nota:

*Octubre, 20. — ¡Qué sorprendido quedaría el mundo de la ciencia!... ¡Cuán famoso sería yo*

*si pudiera mostrar a la luz pública... ESA COSA. Pero más que la gloria, más que nada en la vida o en la muerte, lo que deseo es vengarme... ¡Y ha llegado la hora!...*

Y sus facciones se contrajeron en una mueca horrible...



En el hogar del Juez Webster se celebraba aquella noche una fiesta para conmemorar el vigésimo primero natalicio de Ana.

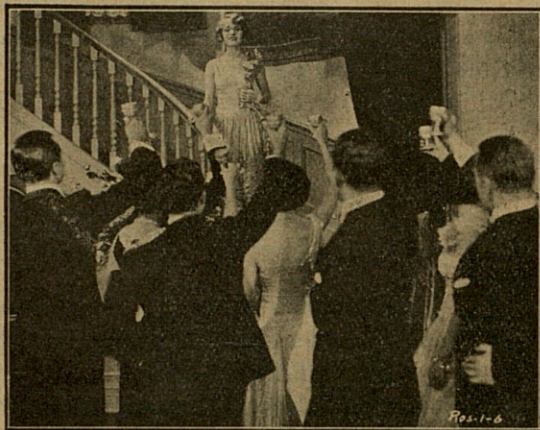
El Juez Henry Webster, eminente jurista de lo criminal, hacia los honores de la casa, en espera de la aparición de la festejada, que no había salido todavía de sus habitaciones.

Entre los más distinguidos invitados se hallaba Edward Palmer, Fiscal del Distrito, que había intervenido como tal en multitud de notables casos.

De pronto Ana fué vista descendiendo las escaleras del piso superior, y a una todos los invitados levantaron su copa en su honor.



La alegría era general. Las amiguitas la besaron, los jóvenes estrechaban afectuosamente sus lindas manos.



*...levantaron su copa en su honor.*

Todos sus buenos amigos estaban allí... pero faltaba uno, y le preguntó al juez:

—¿No ha venido aún el doctor?

—Todavía no, y me sorprende.

—En efecto... — opinó el Fiscal.

—Debe estar tan ocupado en su fantástico laboratorio, que se habrá olvidado de la fies-

ta — dijo el Juez—. ¿Quieres ir, Palmer, a llamar al viejo por teléfono?

Desapareció el Fiscal hacia el cuarto donde se hallaba el teléfono, y al poco entró en el salón en flesta el doctor Coriolis.

—¡Ah, ya llegó! — palmoteó Ana, yendo a abrazarle con alborozo de niña mimada.

El brujo, acariciándola, se disculpó por su retraso:

—Lamento mucho haber llegado tarde, hija mía, pero he estado sumamente ocupado en un experimento de gran interés.

—Siempre trabajando, ¿eh, querido doctor? — intervino el Juez.

—Es mi única pasión, amigo Webster.

En tal instante reapareció Palmer, quien dijo al Juez, apartándose con él de los demás, e intensamente agitado por la más fuerte emoción:

—Lee este papel.

Decía así:

*Palmer, esta noche te toca a ti.*

¡Era otro aviso de los vengadores de Duval!

Y añadió el Fiscal, mirando a diestro y siniestro, para defenderse en caso de ataque:

—La ventana se abrió... Un rostro espanto-



so apareció en ella un momento... Una mano peluda me arrojó este papel.

—Serenidad, Palmer — aconsejóle el Juez—. Estos avisos no son sino obra de un loco. Debemos procurar que no se alarme Ana.

—No temas... Sabré dominar mi nerviosismo...

Sentáronse a la mesa, y el Juez dijo a su hija, que se aprestaba a apagar todas las velitas que, encendidas, emergían del pastel de cumpleaños:

—¡Apágalas todas de un soplo!... ¿Tendremos que traer el viento en tu ayuda?

Ana aunó energías y sopló con toda su alma sobre las inquietas lucecillas. El comedor quedó sumido en la más completa oscuridad, y durante unos minutos se oyó rumor de pasos, gritos y roncós aullidos.

¿Qué ocurría? ¿Por qué no encendían la luz?

Cuando ésta resurgió, los invitados, reflejados en su rostro el espanto, estaban todos lejos de la mesa y encogidos apoyados contra las paredes del comedor... El doctor Coriolis y Ana se hallaban, juntos, en un rincón, preguntándose qué había sucedido.

El Juez, para restablecer la tranquilidad, ex-

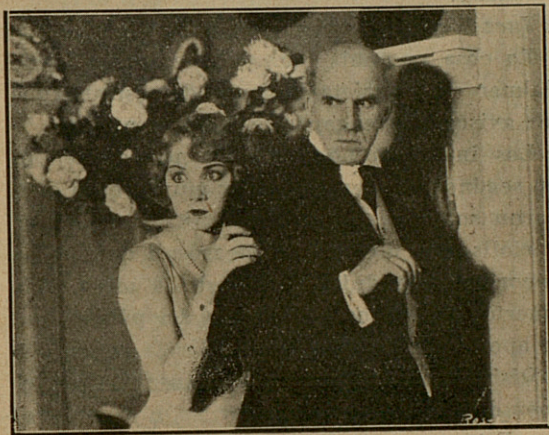
plicó, invitando a todos a que ocupasen de nuevo sus respectivos sitios en la mesa:

—¡Fué sólo el viento, que ululaba en la chimenea!...

Pero una señora le atajó, aterrada:

—¿Lo vió usted también, señor Juez?

—¿Qué es lo que tenía que ver?



*El doctor Coriolis y Ana se hallaban, juntos, en un rincón.*

—Me pareció distinguir un cuerpo en la chimenea... tal vez tengan la culpa mis nervios.

—¡Bah! Una falsa alarma... ¡Siga la fiesta!



Mas he aquí que un frío sudor bañó la frente del Juez, quien preguntó, buscando por todos los rincones:

—¿Dónde está Edward Palmer?

—Sí, ¿dónde estaba?

Por toda respuesta, el Juez encontró en su plato un papel en el que estaba escrita esta amenaza:

*Juez Webster, ahora te toca a ti.*

La cosa se ponía fea... La desaparición de Palmer era inquietante, pues demostraba que los avisos de venganza se cumplían.

Los invitados no pudieron permanecer ni un segundo más en la casa, y muy pronto quedaron solos en ella el Juez, Ana y el doctor Coriolis, con dos criados negros, a quienes se encontró escondidos debajo de la mesa, más muertos que vivos, por efecto del pánico que se apoderara de ellos.

Disimulando a duras penas sus temores, el Juez dijo al doctor y a Ana:

—Este es un asunto que atañe a la policía. Voy a telefonear.

—Sí, sí... que venga la policía... pues esto es muy raro... — comentó el doctor mientras calmaba paternalmente a Ana, que seguía a su lado.

Y el Juez buscó el número del teléfono del detective Murphy, de quien había oído hablar; pero, a pesar de sus insistentes llamadas, no recibió contestación.

—¡No oigo nada! — dijo exasperado.

Era lo lógico... pues el brujo había cortado, con habilidad suma, el cordón del aparato.

—¿Por qué no viene usted a telefonear desde mi casa? — le dijo entonces el doctor—. Y hasta creo que sería más acertado que usted y Ana vinieran a pasar en ella la noche.

—Gracias, doctor; acepto. Vamos, Ana. En casa del doctor estaremos más seguros mientras se aclara este misterio.

Los dos criados negros pensaban, con alegría, que ellos estaban incluidos en la invitación del doctor, y no es para descrito su asombro al convencerse de lo contrario, al decirles el Juez, al abandonar la casa:

—Tú, Napoleón, y tú, César, quedáis autorizados para disparar contra quienquiera intente penetrar en esta casa. ¿Comprendido?

—Sí... sí... amito... — balbucieron los infelices.



—En tanto, Stanley, que andaba loco a la caza de datos sensacionales sobre el asesinato de Wanger, se presentaba en la oficina del detective Murphy, que no le era completamente desconocido.

—¿Qué hay de nuevo en el asunto Wanger? ¡Si no obtengo noticias exclusivas para mi periódico, me despedirán! — le dijo con su inalterable frescura.

—¡Déjeme en paz! ¡Qué desgracia! Ustedes los periodistas ponen en guardia a los criminales antes de que yo pueda echarles mano.

—¡No sea usted bromista, hombre! ¿No sabe usted que no se le puede negar nada a un redactor como yo?

—Oiga, jovencito. Tengo muchos quebraderos de cabeza. De modo que...

—¿Qué hace usted con ese par de esposas? ¿Sabe usted usarlas?

—¡Vaya pregunta! ¡Yo fui quién sugerí la idea al inventor!

—¡Ah! No lo sabía... Entonces es usted un gran hombre.

—De eso hace rato ya.

—Y, qué, ¿funcionan bien?

—Fíjese... Una vuelta, y el prisionero es mío.

Y una muñeca de Murphy quedó aprisionada en uno de los brazos del sillón en que estaba sentado.

Stanley, listo como él solo, ideó un plan, y dijo al detective:

—No me di exacta cuenta. Vuelva usted a hacerlo, tenga la bondad.

Lo repitió y, sin darse cuenta, quedó sujeto al sillón con las dos muñecas adheridas a los sendos brazos del mismo.

Stanley le iba a interrogar acerca del caso Wanger, exigiéndole, como en broma, que le diese todos los datos que tuviese, para publicarlos, amenazándole con no soltarlo si se negaba, cuando llamaron al teléfono.

Murphy trató en vano de coger el aparato, y Stanley se puso en éste como si fuera el verdadero detective.

El que llamaba era el juez, desde el domicilio del brujo.

—Diga, diga.

—Soy el juez Webster... El fiscal Edward Palmer desapareció misteriosamente de mi



casa después de haber recibido una amenaza. Y yo...

—¡Voy allá en seguida, señor juez!

Y Stanley colgó el receptor, mirando con aire de triunfo a Murphy.

—¡Quíteme las esposas! — le dijo éste—. ¿No ve usted que yo no puedo colocar la llavecita en la cerradura?

—No se preocupe, amigo. Quédese usted aquí. Voy a enseñarle cómo procede un buen detective para esclarecer un misterio.

—¿Qué va usted a hacer?

—Muy sencillo: ir a entrevistarme con el juez Webster, en cuya casa ha ocurrido una desaparición.

—¡Quíteme las esposas!

—¡Naranjas!

Y echó a correr hacia la casa del juez, cuya dirección encontró en el listín de teléfonos.

Entretanto, en casa del doctor Coriolis, el juez y su hija se creían en absoluta tranquilidad, cuando, sin poderlo remediar, se estremecieron al ver a un hombre extraño, horroroso, un verdadero fenómeno, vestido de indostánico, que se les quedó mirando con espúpida atención.

El doctor, comprendiendo la impresión que

les había causado aquel contrahecho ser, les dijo:

—Es un criado mudo que encontré en Asia. Estoy haciendo ensayos para curarle el rostro, que tenía cubierto de cicatrices, por medio de la cirugía plástica.

En casa del juez, los dos negros la pasaban verdaderamente negra. Se atrincheraron en la cocina y cualquier rumor les daba, según ellos, aviso de muerte violenta, rápida y sangrienta.

Cuando llegó Stanley a la casa, en un momento que ellos salieron de la cocina, les asustó de tal manera que se ocultaron debajo de una alfombra.

—¡Eh! ¡Salid de ahí! ¡Yo no soy el fantasma! — les gritó; y cuando salieron, preguntóles—: ¿Dónde está la gente?

Temblando, a pesar de ver que Stanley no era un bandido, uno de los fámulos respondió:

—Deben estar todos en casa del doctor Coriolis... si es que aun viven.

Y le dió la dirección de la casa del brujo, volviendo a encerrarse los dos negros en la del juez.





Murphy, desesperado, y no dispuesto a dejarse suplantar por un periodistiquillo, salió de su oficina con la silla, que sostenía con sus manos y sus muñecas, emprendiendo veloz carrera... aunque con muchas escalas... hacia la casa del juez.

Stanley había llegado ya a destino, y se presentó ante el juez, el brujo y Ana con la mayor frescura del mundo, y cuando reconoció a Ana, quedó deslumbrado. ¡Qué feliz coincidencia!

Muy resuelto, dijo:

—Soy un enviado de la Prefectura de Policía.

El brujo le examinaba atentamente, riéndose de antemano del fracaso que tendría en aquel asunto...

Stanley pidió explicaciones sobre el mismo al juez, pero en lugar de oír a éste miraba sin cesar a Ana, que también le había reconocido, tan agradablemente sorprendida como él.

Hasta que, no pudiendo resistir más tiempo

el deseo de hablar con la bella señorita, que resultaba ser la hija del señor juez, dijo a éste, de cuyas explicaciones no había recogido ningún detalle importante:

—Desearía hablar a solas con esa señorita en donde no se nos interrumpa.

Le fué concedida su petición, y, aislado con ella, Stanley, adorándola con los ojos, y después de hablar de lo sucedido por la mañana de aquel día, se le sinceró.

—A usted no puedo mentirla — le dijo—. Soy repórter de "El Sol" y me han amenazado con despedirme si no obtengo datos sobre este asunto.

—Ya había comprendido que usted no era un detective porque no fumaba en pipa... Voy a decirle todo lo que sé.

—Muchas gracias. Basta con que relate lo ocurrido y yo iré tomando notas de los puntos más importantes.

Pero al igual que con el juez, Stanley no escuchó nada sino que se puso a contemplar a Ana lleno de ilusión. Sin embargo, para fingir que tomaba notas, apuntó en un papel los siguientes datos:

*Cabellos:* hermosos.

*Ojos:* idem.



*Dientes:* ídem.

*Labios:* ¡ay, qué ricos!

Y cuando Ana terminó sus explicaciones, Stanley se las agradeció mucho, y, encontrándose allí en la gloria, añadió:

—Por lo que pueda ser voy a quedarme aquí para velar por usted.

—Gracias, señor... Es usted muy amable...

El juez y el brujo le esperaban impacientes, y el brujo le dijo:

—Bueno; señor detective, espero que ya habrá usted aclarado este misterio.

—Ya verá usted, señor... Estoy meditando sobre él... pero lo que no entiendo bien es lo ocurrido inmediatamente después de la desaparición del señor Palmer.

—Lo mismo nos sucede a nosotros... y a todo el mundo. Para que lo entienda es por lo que le hemos llamado.

—Naturalmente...

Murphy, que hizo el mismo itinerario que Stanley, y al que los dos negros dieran también la dirección de la casa del doctor Coriolis, llegó en aquellos momentos y el repórter comprendió que debía presentar la dimisión como detective.

—¡Quíteme las esposas! — le gritó—. ¡Y lárguese antes de que le parta la cabeza!

—¡Qué mal genio trae usted! No hay para tanto, hombre — respondióle sonriente Stanley, a quien las miradas de Ana enloquecían de júbilo.

—¡Lárguese de una vez!

—¡Adiós! ¡Si quiere usted conocer la solución del problema, lea "El Sol"!

Se despidió de Ana y se marchó.

El juez preguntó, entonces, a Murphy:

—¿Quiere usted explicarnos qué significa esto?

—Ese individuo no es más que un fresco, un repórter entrometido. Hágame el favor de ponerme al corriente del asunto.

El juez resignóse a repetir las explicaciones, pero se interrumpió bruscamente, presa de pánico, al entrar como bolidos dos hombres en el salón donde él estaba con su hija, el doctor y el detective.

¿Quiénes eran aquellos hombres? ¿Ladrones?

No: los dos negros. Creyendo que iban a morir pronto, querían hacerlo en compañía de sus amitos.

Al reconocerles, dijo el brujo:

—Nos hemos alarmado sin motivo. Estan-



do aquí el detective Murphy no creo que tengamos nada que temer.

Y el bobo de Murphy miró agradecido al doctor.



La calma parecía haber renacido en todos los espíritus gracias a la presencia de Murphy en la casa; y cada cual se retiró a descansar, mientras el detective se quedaba a vigilar.

El doctor, al despedirse de ellos, le regaló a Ana, como obsequio de cumpleaños, un frasco de perfume, "Fleur de Mort", finísimo, y al juez un cigarro "Corona Diablo", elaborado por él mismo en su laboratorio.

Ana abrió el frasco de perfume, inundándose el ambiente de su suave aroma, y el juez se puso a leer un periódico y encendió el oloroso cigarro, no recordando haber fumado otro mejor.

Stanley hizo como que se iba, pero se quedó y entró en la habitación de Ana, que estaba aún completamente vestida.

—He querido decirle, señorita, que duerma

usted en paz, pues yo vigilo, ¿sabe? El que quiera hacerle daño, tendrá que hacérmelo primero a mí.

—Gracias, pero aquí estoy del todo segura. Esta casa es del doctor Coriolis, antiguo y muy querido amigo.

—No me gusta nada su aspecto. Es para atemorizar a cualquiera.

—No se permita usted hablar mal de él... Le conocemos desde que yo era niña.

—Le suplico que me perdone... Pero esta noche ¡todo parece tan extraño, tan horrible, tan siniestro!

El detective, que rondaba por el pasillo del piso superior, donde estaban las habitaciones particulares, habiendo dejado en la planta baja a los negros de vigilancia, oyó el rumor de la conversación de los dos jóvenes y reconociendo la voz de Stanley empujó la puerta, le vió, y le gritó:

—¡Márchese de aquí y deje usted que la señorita se retire a descansar!

—¡Bueno, hombre, bueno! Espérese un poco, que estoy muy ocupado.

—No me moveré de aquí hasta que se vaya.

Pero, de súbito, Murphy se hundió en la pared en que estaba apoyado. Había tocado



inconscientemente un resorte y cedió aquella parte del muro, volviendo a cerrarse al engullirsele.

Y Murphy se encontró en un lúgubre pasadizo que conducía al intrincado subterráneo del doctor.

Stanley salió del cuarto de Ana y fué al del juez, extrañándole no ver más al detective.

El juez sorprendióse al verle, pues le creía ya en la redacción de su periódico, y le recibió con cierta hostilidad; pero Stanley le desarmó con sus peculiares sonrisas y le dijo, acercándosele y cogiendo y encendiendo un puro de los de la caja que el doctor le dejara al juez:

—No permita usted que le cojan, señor juez... *Yo soy su amigo...* Y he de decirle algo más aún... ¡Tiene usted una hija encantadora! ¡Y qué pericia en el manejo del automóvil!



El doctor, en su subterráneo laboratorio, daba órdenes a un orangután. Encendió un cigarro y se lo hizo oler, para que olfateando encontrase al hombre a quien el brujo quería que él diera muerte.

El bruto subió a los cuartos particulares, con sigilo, y al ir a entrar en la habitación del juez, salió de ella Stanley, y como éste fumaba un puro de los de la clase del doctor, reconoció el aroma y creyendo que el periodista era la nueva víctima, le siguió, y varias veces que estuvo a punto de abalanzarse a él y estrangularlo, Stanley hizo salvadores movimientos, dirigiéndose a la biblioteca.

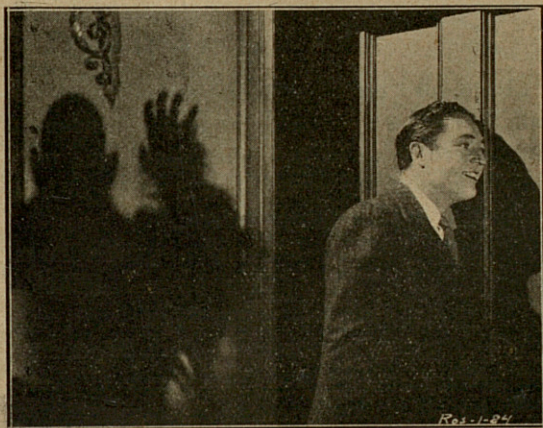
Un negro se apoderó, tomándolo del cenicero, de su puro, y cuando el orangután iba a agredirle, presentóse Stanley, quien quitó al atrevido el cigarro y lo tiró a un paraguero.

Como el cigarro seguía humeando, el aroma



atrajo al orangután al paragüero, y apoderándose de él se lo llevó al doctor.

—¡No, no es eso! — gritó el brujo—. ¡No es el cigarro lo que quiero, sino el hombre



*...y creyendo que el periodista era la nueva víctima, le siguió...*

que lo fuma! Ven... Yo te acompañaré hasta el cuarto de ese hombre...

Así lo hizo, y el juez no tardó en ser trasladado, ahogándose entre los membrudos brazos del orangután, al subterráneo.

Después el doctor hizo oler al monstruo el perfume de Ana y lo mandó al cuarto de ésta, para que hiciera lo propio que con el juez.



*—...Yo te acompañaré hasta el cuarto de ese hombre.*

Stanley había visto al brujo desaparecer por una puerta practicada en el muro, en la escalera y cerca del salón-biblioteca, y buscando afanosamente el resorte que la abría logró dar con él y se aventuró en el laberíntico subte-



rráneo, por el que también deambulaba, con grandes precauciones, el detective Murphy.

Stanley llegó hasta el despacho del brujo, y mientras éste esperaba a Ana en una amplia nave, para sacrificar allí a padre e hija, leyó con el Diario que llevaba el doctor, las siguientes anotaciones:

*Junio 7. — La "cosa" llegó hoy. Esta noche la ataré a mi mesa de operaciones, le aplicaré el anestésico y ejecutaré la operación. Me muero de impaciencia por ver el resultado de mi magia negra, de mi brujería...*

*Junio 15. — ¡He triunfado! ¡He triunfado! He aplicado el rostro de un demonio al cuerpo de un orangután... Es horrible... Casi tengo miedo de mi obra...*

*Julio 9. — La "cosa" es casi humana. Parece poseer un cerebro dominado por un demonio... Hoy se vió en un espejo y lo rompió poseído de espantosa furia...*

*Septiembre 25. — He descubierto que responde mejor a la ternura. La he estado enseñando a identificar los olores... perfumes... tabacos...*

Al leer todo aquello, al azar, Stanley ahogó un grito de estupor. ¡El doctor era un loco!

Y, al descubrir, cuando abrió casualmente una puerta del laboratorio, el cadáver de Palmer, el fiscal desaparecido, ya no dudó un minuto más de que acababa de descubrir al criminal.

Corrió al teléfono, con las mayores precauciones, y dijo al redactor jefe de "El Sol":

—¡Suspendan durante una hora la edición! ¡Voy a lanzar el notición más sensacional que se habrá leído en muchos años!

A poco se encontraron, fuera del subterráneo, frente a frente, Murphy y Stanley. Como todo estaba oscuro, creyéronse enemigos y se liaron a puñetazos, mas, al reconocerse, Stanley dijo a Murphy:

—¡Vaya usted en busca de ayuda! ¡He encontrado el cadáver de Palmer!

Murphy le obedeció sin chistar, y Stanley, en tanto, fué al cuarto de Ana y le dijo:

—¡Tengo que sacarla de aquí inmediatamente! ¡Coriolis es un loco! ¡El fué quien mató a Palmer!

—¿Qué dice usted?

—¡Huyamos!

Iban a hacerlo, pero el orangután les cerró el paso. Stanley le hizo frente, mas fué vencido por el monstruo, quien condujo a Ana al



subterráneo, junto a su padre y al doctor, el cual le había estado diciendo al juez:

—¿Te acuerdas de Paul Duval? Tú le condenaste a muerte. Edward Palmer fué el fiscal... No era Paul Duval... ¡Era Paul Coriolis, mi hijo! He sufrido horriblemente todos estos años, sintiendo que mi mente estallaba... ¡Vuestro querido amigo! ¡El loco que va a haceros padecer, a ti y a tu hija! ¡Wanger! ¡Palmer! ¡Y ahora, Webster, tú! ¡En seguida, para completar mi venganza, tu hija! ¡Hela ya aquí!

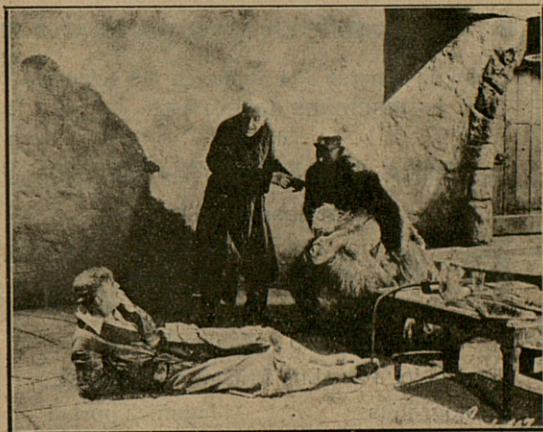
El juez rugió y agitábase en tierra como fiera acosada, mientras el doctor se reía terriblemente.

Ana lloraba y temía enloquecer.

¿Llegaría a tiempo la ayuda pedida por Murphy?

Stanley se recobró y cuando se dispuso a acudir en socorro de su amada y del padre de ésta, presenció una trágica escena: el orangután se acercó al doctor, para darle a entender que acababa de ver peligro arriba, pero el brujo, entregado a su locura de venganza, le apartó brutalmente; el orangután encolerizóse, y, no dispuesto a tolerar más el dominio del viejo loco, quitóse la horrible más-

cara y las vestiduras que acababa de ponerse para aparecer como criado, y se arrojó sobre el doctor, matándole, y cuando el brujo cayó muerto, el orangután hizo lo propio, alcanzado por los tiros de la policía, que llegó oportunamente.



—¡Hela ya aquí!

El juez y Ana estaban salvados, y dejándose llevar de su exaltación, Stanley abrazó a su amada, le arrancó el sí, llamó por teléfono al jefe de redacción y le dictó el notición, añá-



diendo como magnífica apoteosis de su gran hazaña:

—Y ahora otro asunto que merece letras de metro: ¡Voy a casarme con la muchacha más bonita del mundo!

¡Y vaya si cumplió su palabra!

FIN

Acaba de ponerse a la venta, en las selectas  
EDICIONES ESPECIALES

de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

la preciosa novela

# RAMONA

DOLORES DEL RIO WARNER BAXTER

Es una joya de «Los Artistas Asociados»

32 fotografías

Magnífica portad

EXCLUSIVA DE VENTA

Sociedad General Española de Librería

Barbará, 16 BARCELONA

Ferraz, 21 y Caños, 1 duplicado - MADRID





[B.]